

PABLO ANTOÑANA

El capitán Cassou
y tres relatos de
La tierra vieja



Índice

La novela <i>El capitán Cassou</i> y tres cuentos de Pablo Antoñana TOÑO MURO.....	7
El capitán Cassou	13
(Premio de novela corta de Acento, Madrid, 1959)	
El tiempo no está con nosotros	111
(Premio Ciudad de San Sebastián 1961)	
La tierra de los sueños	125
Los engendros	135

La novela *El capitán Cassou* y tres cuentos de Pablo Antoñana

TOÑO MURO

Se han agrupado aquí cuatro narraciones que en torno a 1960 dieron a conocer a Pablo Antoñana (Viana, 1927; Pamplona, 2009), y han de considerarse el inicio de su larga y difícil carrera de escritor. La parte sustancial del libro está ocupada por el texto de *El capitán Cassou*, novela corta finalista del certamen convocado por la revista *Acento Cultural* en 1959. Como sucedió con otras obras del autor, no fue editada en su momento, sino que hubo de esperar hasta 1993, cuando se incluyó, junto con diversos textos más breves, en el volumen misceláneo *La vieja dama y otros desvaríos*, dentro de la Colección Literaria Navarra promovida por el departamento de Cultura del Gobierno de Navarra.

El libro se completa con tres cuentos, «El tiempo no está con nosotros», «La tierra de los sueños» y «Los engendros», que se difundieron en 1961 y 1962. Con el primero ganó Antoñana el certamen Ciudad de San Sebastián de 1961; el 22 de diciembre, al día siguiente del fallo del jurado, fue reproducido en *El Diario Vasco*, así como meses después en el librito *Antología 1961*, donde se recogieron las narraciones más destacadas del concurso. En este mismo volumen también se publicó otro cuento presentado por Antoñana, «La tierra de los sueños». En cuanto a «Los engendros», apareció en la prestigiosa revista literaria *Ínsula* en junio de 1962, en la sección «Un cuento cada mes». Para entonces *La cuerda rota* ya había resultado finalista del Nadal.

Cuando Pablo Antoñana, escritor vocacional ocupado profesionalmente como secretario del Ayuntamiento de El Busto, intentó

hacer llegar al público sus primeras obras, casi no tuvo otra opción que enviarlas a concursar en los certámenes que convocaban revistas y editoriales. Que luego resultaran finalistas o ganadoras fue un factor determinante para su futuro como escritor: el título destacado aparecía en la prensa, algún crítico o miembro del jurado lo valoraba, el autor era entrevistado como joven promesa de las letras... Si todo ello le reafirmaba en su vocación literaria, los obstáculos que encontró al de publicar sus textos le contrariaron profundamente. Al igual que *El capitán Cassou*, quedó inédita la novela antes citada, *La cuerda rota* (publicada por Pamiela en 1995). Tampoco consiguió editar un volumen de cuentos que tenía preparado bajo el título *La tierra vieja*, del que formaban parte los tres relatos aquí recogidos, junto con otros que se quedaron en el cajón. Debe recordarse que por entonces inició las colaboraciones literarias de la serie «Las tierras y los hombres» en *Diario de Navarra* (1962-1977); con el paso de los años, estos artículos dominicales le aportaron el reconocimiento en su tierra, mientras que fuera de ella su nombre y su obra iban cayendo en el olvido, tras la escasa repercusión –buenas críticas y malas ventas– de las dos novelas que consiguió ver impresas en los años sesenta (*No estamos solos* y *El sumario*).

Siendo Antoñana uno de sus suscriptores, resulta lógico que presentara *El capitán Cassou* al certamen convocado por la revista *Acento Cultural* (1958-1961), tan minoritaria como decisiva para la promoción del realismo crítico y social más comprometido. *Acento* dependía del sindicato de estudiantes franquista (SEU), pero, paradójicamente, su orientación crítica y renovadora la hacía más bien altavoz cultural del clandestino Partido Comunista, con el que se relacionaban algunos de sus redactores (escritores como Isaac Montero o López Salinas, críticos como Castellet). La novela que Antoñana presentó se alejaba de la estética objetivista y testi-

monial que propugnaba la revista, manifestando rasgos que han de ser característicos de la literatura de nuestro autor, tanto en la construcción del relato como en la temática y el estilo. Antoñana era en aquel momento un adelantado que, desde su aislamiento en el mudo rural, coincidía con los escritores de ámbito hispánico que siguieron la estela de Faulkner (pienso en Benet o García Márquez) en la creación de unos textos de compleja construcción verbal y temporal, muy exigentes con el lector, que ha de estar atento a rellenar elipsis y captar sobreentendidos, y dispuesto a dejarse atrapar en la telaraña de un lenguaje literario rítmico, sugerente y sensorial.

El capítulo inicial de la novela demuestra hasta qué punto Antoñana era consciente de su elección estética. Se abre con cinco párrafos básicamente descriptivos, en los que la del narrador recoge ecos de voces anónimas, para presentar un espacio cerrado y unos personajes atormentados. A continuación, se desarrolla un diálogo a cinco voces dentro de la estética objetivista, recogido mediante lo que se solía llamar «técnica magnetofónica», pues las palabras de los personajes solo son interrumpidas por breves intervenciones del narrador, las cuales ni siquiera señalan al personaje que habla («alguien dijo», «alguien gritó»). De modo que la secuencia inicial del relato presenta dos procedimientos narrativos contrapuestos, dando más amplitud al que parecería más a la moda del momento, al del narrador objetivo. Pero Antoñana abandonará en el resto de la novela este narrador externo para utilizar otro más complejo en su desarrollo, que se fusiona con las percepciones subjetivas de los personajes al incorporar en su discurso recuerdos, deseos, temores, obsesiones y alucinaciones de aquellos. Esta intensa polifonía narrativa, característica de toda la obra de Antoñana, se irá afinando y enriqueciendo en las colaboraciones literarias de *Las tierras y los hombres*, y dará sus mejores frutos en la prosa de